

El Mito Destruído

Por ALDO CAMMAROTA

El mundo se debate confundido por los mitos inventados por los demagogos para usufructuar la democracia en beneficio personal, y si bien estos mitos y a están agotados hay que marcarlos a fuego para que no puedan volver a ser utilizados para la estafa y frustración de nuevas generaciones.

Mito: las mayorías siempre tienen razón . Este es el mito de la democracia ilimitada, el mismo que sostiene que el partido que gana unas elecciones pasa a ser dueño y señor del país, pudiendo aplicar en todo su voluntad omnipotente, «porque así lo ha querido la mayoría».

Una nación no es la suma aritmética de sus habitantes, ni la razón y la verdad dependen del número. Lo que las mayorías eligen son los hombres que han de representar a los habitantes del país en la administración de bienes comunes por un determinado período, no los dioses inefables a los que todos habrán de adorar

Los derechos individuales no dependen de la voluntad de las mayorías, y si una mayoría, aunque sea abrumadora, avasalla los derechos de un solo ciudadano disidente, no hay democracia.

La Constitución dice: «hay tales derechos, tales deberes y tales garantías», pero no dice «siempre que a la mayoría no se le ocurra que no los haya». Hay esas libertades y punto. Nadie puede usar la coerción, el fraude y la violencia contra un habitante de la Nación, ni siquiera la mayoría. Porque la democracia es limitada, o no es democracia.

Mito: La propiedad colectiva. La propiedad pública es una falacia. Todos somos «dueños» de los ferrocarriles, pero ¿quién puede vender su parte? ¿Quién conoce sus balances? ¿Qué clase de propiedad es ésta donde «el propietario» no es dueño de vender, no es consultado para decidir, no tiene ganancias que percibir ni le dan explicaciones por las pérdidas que se producen?

Es que los verdaderos dueños de la propiedad pública son los funcionarios que nombra el gobierno. Ellos son los que manejan a su arbitrio las empresas que pagamos entre todos. Un ejemplo reciente: los artistas, técnicos y empleados de los canales de televisión que ahora son del Estado ven cómo funcionarios ubicados en los puestos directivos por el gobierno son los que han sustituido a los antiguos dueños, mientras ellos que son teóricamente propietarios no tienen siquiera el derecho de cobrar puntualmente sus haberes.

Mito: El derecho al bienestar sin esfuerzo . Está de moda reclamar lo que cada uno cree que necesita y sostener que por el solo hecho de requerirlo se tiene derecho a tenerlo, gratuitamente y sin esfuerzo. Así, mucha gente reclama que tiene derecho a un buen empleo, a una buena vivienda, a asistencia médica gratuita, a ropa y comida, etcétera. Pero

¿quién paga esos bienes y servicios? Los demagogos dicen que el Estado es el encargado de financiarlo todo. Pero ¿de dónde saca dinero el Estado? La experiencia argentina de varios lustros de bienestar social «por decreto» nos revela que el Estado tiene, para esos casos, una varita mágica que se llama: creación artificial de dinero. El Estado, sencillamente, fabrica los billetes que necesita para sus gastos, y entonces se produce inflación, los salarios valen menos, los ahorros se esfuman, los precios suben, hay escasez, y el malestar social se impone. El derecho al bienestar no es gratuito: hay que ganárselo con capacidad y trabajo.

Mito: El derecho de propiedad es anacrónico . El derecho de propiedad es fundamental, porque es el derecho a disponer de lo ganado, por capacidad y trabajo, no coercitivamente. Su principal enemigo ha sido siempre el Estado, que a través de la voracidad fiscal y de la inflación roba a los habitantes del país su patrimonio. Solamente el derecho de propiedad hace posible los planes de inversión y trabajo a largo alcance de quienes desean producir para crear riqueza. Sin el derecho de propiedad, los demás derechos Individuales tambalean. Por eso, o se pone la propiedad al alcance de todos, o el Estado se quedará con la propiedad de todos.

Mito: La sociedad igualitaria es buena . Muchos han entendido mal lo de igualdad. La igualdad ante la ley significa que no debe haber favoritismos para nadie por parte del Estado encargado de administrar la justicia. Todos tenemos igualdad de libertades, igualdad de derechos, igualdad de oportunidades, pero esto no significa que todas seamos iguales. Algunos son más trabajadores, otros son más perezosos, algunos más inteligentes, otros menos dotados. Si en nombre de una sociedad igualitaria se nivelan los ingresos para que todos ganen igual, sólo se conseguirá la desjerarquización, se inducirá a los capaces a que se desalienten, y entonces bajará la productividad, aumentará el ausentismo, crecerá la indisciplina, y en lugar de abundancia, bienestar y riqueza, habrá escasez, violencia y angustia. Es preferible una sociedad desigual donde el que menos gane, gane mil, a una sociedad igualitaria donde todos ganen diez.

Mito: Libertad económica implica Estado débil. Mito creado por los adoradores del Estado-Dios, ente supremo manejado por una oligarquía de funcionarios, que en lugar de servir a la Nación tiene a todos sus habitantes a su servicio, a cambio de proporcionarles sin esfuerzo bienes y servicios y una justa distribución de la riqueza, promesa incumplida porque los bienes y servicios resultan deficientes y carísimos, y la riqueza que se proyectaba distribuir desaparece a causa de la intervención del Estado que desalienta, oprime y atrofia la producción.

Cuando hay libertad económica, los mecanismos de la inversión, producción, distribución y precios se regulan automáticamente en el mercado, donde los consumidores son soberanos. Alberdi escribió que «la libertad económica tiene la virtud de curar las heridas que ella misma causa». En efecto, toda distorsión de la economía es inmediatamente corregida por las fuerzas espontáneas del mercado, siempre que algún funcionario comedido no acuda presuroso a tratar de corregirla él por decreto. Cuando el Estado se concentra en su función específica deja de entorpecer la producción de riqueza. Hay que separar la economía del Estado, no para que el Estado sea débil, sino para que sea fuerte en lo que le compete, fuerte para la defensa de los derechos individuales, fuerte para evitar que el ejercicio de esos derechos sea vulnerado por la coerción o el fraude, fuerte para

sancionar toda forma de dirigismo, privilegio o monopolio coercitivo, estatal, sindical o privado.

Mito: Si se privatizan las empresas estatales se abren las puertas a la infiltración extranjera. Este mito es fruto del desprecio marxista hacia los argentinos, según el cual, solamente somos capaces de ser empleados públicos o testaferros de empresas foráneas, pero somos ineptos para ser dueños de nuestras propias empresas.

Es más fácil que venda el patrimonio estatal un funcionario inescrupuloso que sabe que no le pertenece y con la coima y el soborno podrá enriquecerse rápidamente, a que el dueño de una empresa la entregue sabiendo que es suya. Pero de todos modos, la soberanía no se disminuye porque una empresa extranjera compre una fábrica en la Argentina, ni se aumenta porque un banco argentino abra una sucursal en el exterior. Una nación es soberana cuando es libre, y es libre cuando sus ciudadanos son libres y no sirvientes del aparato estatal.

Mito: La economía moderna exige un Estado planificador . Las leyes naturales del mercado no pueden ser vulneradas impunemente por la intervención del Estado: inmediatamente se produce una distorsión de la economía. No deben ser los funcionarios del gobierno quienes digan a los productores de riqueza qué riqueza deben crear. El Estado no acierta ni siquiera con los pronósticos del tiempo, y eso que el clima no lo maneja él.

Cumpla el Estado con su misión específica, garantice las libertades a todos los habitantes del país, y veremos cómo la riqueza se multiplica, fruto del trabajo, el talento y el tesón de los argentinos, que lo único que pedimos es que el Estado devuelva a la iniciativa privada todas las herramientas que le sustrajo.

Mito: Los aumentos frecuentes de salarios son una defensa contra la inflación. Falso, porque el costo de la vida aumenta siempre más y antes; porque hay aumentos que las estadísticas no detectan (disminución en la calidad de los productos, por ejemplo); y porque no todos los habitantes del país perciben salarios, de manera que siempre hay grandes sectores perjudicados. Existe un solo camino para protegerse de la inflación y es detenerla. Y para detenerla hay que formular un conjunto de medidas económicas serias, ensambladas, y con autoridad para aplicarlas durante todo el tiempo necesario.

Mito: La sociedad de consumo es alienante . Cada vez que un consumidor compra algo, está eligiendo que ese producto que él ha escogido entre varias marcas se siga produciendo. Es cierto que la sociedad de consumo, con su abundancia, crea nuevas ansias, pero también quien recorre una carretera de nuevos paisajes, nuevos senderos que se bifurcan por los cuales transitar. Pero eso no es alienación. Alienación es encontrar las estanterías vacías, tener que conformarse con lo que haya, aunque sea malo, o volver al hogar con la bolsa vacía. Los que critican a la sociedad de consumo proponen reemplazarla con una sociedad de miseria, estática, donde nada nuevo se produce, donde no hay que elegir. En la sociedad de consumo, los soberanos son los consumidores, por eso es una sociedad de productores eficientes. En la sociedad estatista, los soberanos son los funcionarios del gobierno, por eso es una sociedad de esclavos indolentes.

Mito: Hay que congelar los precios para que no suban . Falso. Cuando el Estado congela precios y controla la economía de inmediato se produce la escasez, porque nadie va a continuar produciendo algo que todos queremos y al precio que nos gusta si no le damos el chance de tener una ganancia.

Mito: Hay que construir viviendas populares, no de lujo . Hay que dejar que cada inversor construya lo que él crea que el mercado necesita. Si construye viviendas súper lujosas y encuentra compradores, es que había demanda. De todos modos, quien ocupe una vivienda lujosa desocupará otra no tan lujosa, o no tan moderna, que será ocupada por otra familia, que, a su vez, dejará libre una vivienda más modesta, y así sucesivamente, produciéndose un gigantesco y espontáneo movimiento de circulación social hacia arriba. El Estado no debe embarcarse en inoperantes planes de construcción de viviendas. Será suficiente con que detenga la inflación y respete el derecho de propiedad para que el mercado de capitales privados se vuelque a la construcción de viviendas de todo tipo.

Mito: El petróleo debe ser explotado solamente por YPF. El petróleo bajo tierra no sirve al país. Lo importante es extraerlo y refinarlo para servir a las crecientes necesidades internas, y para exportarlo en lugar de importarlo. Aunque el trabajo lo hagan empresas privadas, el poder de decisión estará siempre en manos de la Nación, para quien serán los principales beneficios, como lo ha probado la reciente crisis energética mundial, donde las grandes potencias han tenido que aceptar las imposiciones de los países productores de petróleo, que no tienen empresas petroleras propias.

Mito: El mundo marcha hacia el comunismo. Es verdad que el comunismo se ha expandido como una gran mancha de sangre por el mundo. Pero también es cierto que en 1940 parecía que el destino de la humanidad sería el nazismo. El fatalismo histórico es un mito difundido por los marxistas para disuadirnos de nuestra voluntad de luchar. A pesar de las apariencias, el destino de la humanidad es la libertad, aunque su precio sea la eterna lucha.

Mito: La libertad sólo sirve para morirse de hambre . Mito favorito de los demagogos que prometen al pueblo seguridad y distribución de riqueza a cambio de la libertad y en pocos años los dejan sin libertad, sin seguridad y sin riquezas.

Ningún líder puede ser tan milagroso como para crear riqueza y abundancia de la nada, por más leyes y decretos que invente. Solamente la libertad realiza el milagro de la producción y de la abundancia.

Los demagogos, en cambio, prometen mucho, pero sólo sirven para matarnos de hambre.